

# Prólogo de Federico Mayor Zaragoza

*“La anticipación, facultad distintiva de la especie humana”.*

El conocimiento nos permite no sólo resolver los problemas del presente sino evitar los que pueden presentarse en el futuro. Saber para prever, prever para prevenir. Podemos ser vigías del mañana, de tal forma que podamos alertar cuando se cierne el peligro. Es necesario actuar a tiempo para que no se alcancen puntos de no retorno.

La prevención no se ve, porque no sucede lo que se ha logrado impedir. Por ésto es tan importante difundir adecuadamente los beneficios de la “acción oportuna”. Que todos se aperciban del impacto negativo que hubiera tenido la inacción. Me gusta recordar, a este respecto, que a un general que gana una pequeña batalla, se le condecora. Al que evita una gran guerra, puesto que no ha tenido lugar, nadie le premia.

Para prevenir los conflictos es imprescindible un conocimiento riguroso y profundo de la realidad. Si conocemos la realidad sólo superficial o parcialmente, las medidas correctoras serán parciales y superficiales. Las transformaciones de alto calado requieren, por tanto, un conocimiento del conjunto de las circunstancias que convergen en la situación actual y del abanico de posibles escenarios de futuro. Para conducir bien hacia adelante es indispensable tener un buen retrovisor. La observación permanente de las tendencias y la invención de las medidas pertinentes, emitiendo las señales de alerta o de alarma que correspondan, constituye una de las funciones primordiales para alcanzar el otro mundo posible que anhelamos.

El por-venir está por-hacer. El pasado ya está escrito y debemos describir fidedignamente lo que aconteció. Para ello el futuro habrá de escribirse con nuevos caracteres y palabras muy distintas a las que han sido utilizadas hasta ahora. Ésta es la gran responsabilidad intergeneracional que no podemos eludir. En estos albores del siglo y del milenio, la participación no presencial de la que disponemos gracias a los modernos sistemas de comunicación e información nos permite expresar libremente nuestros puntos de vista, nos permite abandonar siglos de silencio y de sumisión. Estamos viviendo momentos apasionantes, que pueden llevar, por fin, a la plena emancipación e igual dignidad de toda la especie humana, secularmente sometida a un poder absoluto masculino al que debía obedecer sin discusión, hasta el punto de tener que ofrecer la propia vida a sus designios.

El perverso adagio de que “Si quieres la paz prepara la guerra” ha convertido la historia en una retahíla de enfrentamientos en la que la paz no ha sido más que una pausa, un intermedio. Los fabricantes de armas de toda índole –desde las lanzas y espadas hasta los arcos y ahora los misiles– han espoleado siempre, basados en razones de seguridad nacional, el uso de la fuerza. Ahora ha llegado el momento de la transición desde una

cultura de imposición, dominio y violencia a una cultura de encuentro, diálogo, conciliación y paz. Ahora, la “alerta” puede tener, por primera vez, un seguimiento ciudadano, una movilización popular que haga realidad el principio de la Carta de las Naciones Unidas, escrita en un momento de gran tensión humana, al término de la Segunda Gran Guerra: “Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”.

Me gusta insistir en la inmensa clarividencia de esta frase “constituyente” de las Naciones Unidas. Son los pueblos los que deben tomar en sus manos las riendas del destino común. Son los pueblos los que, con el supremo compromiso de velar por las nuevas generaciones, deben construir la paz y evitar la guerra.

Pero, hasta hace muy pocos años, “los pueblos” no tenían voz. Silenciados, aislados, confinados tanto desde el punto de vista intelectual como territorial en espacios muy limitados, eran súbditos atemorizados, cautelosos, aceptaban su suerte como algo inexorable, ineludible.

Me gusta recordar que al término de la Primera Guerra Mundial, en diciembre de 1918, el Presidente norteamericano Woodrow Wilson, aterrorizado por la terrible tragedia que acababa de tener lugar, una mortífera guerra de extenuación de los contendientes, viajó de Nueva York a Brest, en Francia, para presentar al mundo su Convenio por la Paz Permanente. A partir de ahora, pensaba el Presidente Wilson, los conflictos se resolverían por vía diplomática, a través de la Sociedad de Naciones que se creaba a partir de aquel momento. Todos sabemos el final de aquel importante hito histórico: el presidente norteamericano tuvo que ceder ante quienes lo recriminaban por olvidar lo que era realmente importante: la seguridad y la preparación para afrontar un nuevo conflicto bélico. Unos años más tarde, en 1933, Adolfo Hitler ya iniciaba el encumbramiento de Alemania y *Deutschland über alles* se alzaba en el horizonte como una nueva amenaza ante la que nada podían hacer los esfuerzos mediadores de los diplomáticos.

De nuevo, al término de la segunda gran guerra, en la que se utilizaron las más abominables prácticas de exterminio, con genocidio y holocausto, otro gran Presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt, establece no sólo las instituciones que deben evitar en el futuro conflagraciones bélicas sino las que deben regular debidamente los aspectos económicos y sociales. Y, así, en el año 1944 se crean el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para la Reconstrucción y el Desarrollo, y se crea en San Francisco en 1945 la Organización de las Naciones Unidas, que se transforma rápidamente en un Sistema, integrado por las distintas entidades que deben “evitar el horror de la guerra” atendiendo a toda la humanidad en aspectos tan importantes como el trabajo (OIT); la salud (OMS); la alimentación (FAO), la educación, la ciencia y la cultura (UNESCO). También a través de grandes programas como el PNUD (Programa de las Naciones para el Desarrollo) o fondos como UNICEF

(destinado a la infancia) se pretende sentar las bases para “la nueva era”.

Y, como era de esperar, el conjunto del Sistema, la gobernanación mundial, debe guiarse por unos principios éticos universales. Es en la Constitución de la UNESCO, como corresponde a la “rama intelectual” del Sistema, donde se establecen nítidamente los grandes pilares éticos: la igual dignidad de todos los seres humanos, y los “principios democráticos”: la justicia, la libertad y la solidaridad “intelectual y moral”. La educación formará a personas “libres y responsables”, para que actúen en virtud de sus propias reflexiones.

Con estos cimientos, tres años más tarde, en 1948, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, “para liberar a la humanidad del miedo”, establece en su artículo 1º los grandes puntos de referencia que a partir de aquel momento deben ser observados por todos, sin distinción de género, etnia, ideología, creencia: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

Estaba todo, por tanto, bien previsto. Faltaba una palabra clave para iniciar la puesta en marcha del nuevo sistema global: compartir. La cooperación internacional para lograr un desarrollo social y económico adecuado, se convierte en el carril que puede conducir a superar la situación de postguerra e iniciar, a mediados del siglo XX, un mundo apacible.

Pero, pronto, los Estados sustituyen a “los pueblos”, los préstamos en condiciones draconianas a las ayudas y la carrera armamentística entre las dos superpotencias consume la mayor parte de los recursos, desvaneciéndose las expectativas, tan favorables, de las Naciones Unidas al iniciar su andadura.

Al desmoronarse, con el muro de Berlín, el inmenso imperio de la Unión Soviética, sin una gota de sangre, gracias al liderazgo mágico de Mikhail Gorbachov, todo parecía indicar que se había llegado, con el término de la “Guerra Fría”, al principio de una paz duradera. Se hablaba de los “dividendos de la paz”, de las posibilidades de desarme progresivo, tanto nuclear como de arsenales convencionales. Pero, desafortunadamente, el presidente Ronald Reagan, acompañado por la primera ministra del Reino Unido, Margaret Thatcher, aprovechó la ocasión para intentar alcanzar un poder hegemónico, a cuyos efectos, el llamado proceso de “globalización”, sustituye a los principios democráticos que deberían orientar la gobernanación mundial por las leyes del mercado y margina a las Naciones Unidas, estableciendo unos grupos plutocráticos, inicialmente de seis miembros, el G-6, luego con la adhesión de Canadá G-7, luego G-8 con la incorporación de la Federación Rusa. Otras señales inequívocas de este distanciamiento de EEUU son abandonar la UNESCO en 1985 –se reincorporó en 2003– y no adherirse en el año 1989 a la Convención sobre los Derechos del Niño. Fue el único país que no la suscribió entonces. Sigue siendo el único país que no lo ha hecho.

En el año 1989, bicentenario de la Revolución Francesa y de la Primera Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, eran muchas las circunstancias que

favorecían una ilusión general de cambio: paz en El Salvador, con los Acuerdos de Chapultepec, una “paz armada” como lo describía hace poco Óscar Santamaría, representante entonces del Gobierno en las conversaciones de paz, en presencia del Comandante del FMLN, Salvador Sánchez Ceren, declarando ambos que estos acuerdos sólo son posibles cuando se establece una relación de confianza recíproca; se alcanza también la paz en Mozambique; el prisionero Nelson Mandela se convierte, en muy pocos meses, con la complicidad del presidente Frederick De Klerk –una vez más, en una inesperada actitud conciliadora después de tantos años de privación de libertad– en el presidente de Sudáfrica, superando para siempre la situación del horrendo apartheid racial; los países que formaban parte de la Unión Soviética se establecen en Comunidad de Estados Independientes e inician una larga marcha hacia la democracia.

Todo apuntaba hacia una gran inflexión. Pero, luego, en Occidente, los grandes consorcios multinacionales fueron poco a poco minando las bases y agotando las raíces de lo que hubiera podido ser un histórico cambio de rumbo.

La economía mundial, en un proceso de deslocalización industrial guiado por la codicia, convierte a algunos países, principalmente China, en auténticas “fábricas del mundo”; la impunidad absoluta impera en el espacio supranacional, permitiendo todo tipo de tráfico delictivos (de armas, capitales, patentes, drogas, personas), y se acentúa el deterioro del medioambiente, por el incumplimiento de las pautas propias del derecho internacional. A este respecto, creo que es especialmente importante destacar que, frente a la alerta de la Academia de Ciencias de EEUU en 1979, que ponía de manifiesto la excesiva producción de anhídrido carbónico y la disminución de la capacidad de recaptura por, principalmente, los océanos, la fundación de la Exxon Mobil, secundada inmediatamente por otras grandes empresas de extracción de petróleo, contrarresta con argumentos pseudocientíficos las advertencias de la Academia, contribuyendo de este modo a los turbios objetivos del “gran dominio” económico que impidieron la adopción de las medidas indispensables para garantizar la calidad del legado de plena habitabilidad del planeta que merecen las generaciones venideras.

A pesar de todo, las Naciones Unidas no cesan el cumplimiento de sus responsabilidades a escala planetaria. Valga, a título de ejemplo, la “Educación para todos a lo largo de toda la vida”, en 1990; la Cumbre sobre el Medio Ambiente en Río de Janeiro en 1992; la Conferencia de Viena sobre Derechos Humanos en 1993; en 1995, al cumplirse los 50 años de la fundación del Sistema en San Francisco, tres grandes aportaciones: los compromisos de Copenhague sobre desarrollo social; la Conferencia de Pekín sobre Mujer y Desarrollo y la Declaración sobre la Tolerancia por la Conferencia General de la UNESCO; en 1999, la Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz.

Pero la “globalización” lo ocupa todo, lo oculta todo. No hay fondos para los Objetivos del Milenio en el año 2000 pero invierten 4.000 millones de dólares al día en armas y gastos militares al tiempo que mueren de hambre más 60.000 personas. No hay fondos para prevenir este auténtico genocidio cotidiano; no hay fondos para tratar a

los enfermos de Sida subsaharianos. La insolidaridad a escala mundial alcanza límites insospechados.

En el momento en que terminé mis funciones en la UNESCO, publiqué un libro titulado “Un mundo nuevo”, en el que proponía cuatro nuevos “contratos”: contrato social; contrato cultural; contrato natural y contrato ético. Sólo de este modo pensaba –sigo pensando–, sólo con unas nuevas orientaciones, podríamos iluminar los caminos del mañana.

En el año 2001, el 11 de septiembre, tuvo lugar un ataque terrorista suicida contra los grandes símbolos del poderío norteamericano. Todo el mundo se conmueve y se sitúa al lado de las víctimas, tan visibles. Debe evitarse, queda muy patente, el uso de la violencia, debe procurarse por todos los medios pasar, en la gran transición pendiente, de la fuerza a la palabra.

Luego, vienen las represalias... la guerra de Afganistán, en busca de los responsables del 11 de septiembre y, más adelante, la invasión de Irak, fundamentada en la mentira y la simulación de los grandes medios de destrucción masiva en manos del dictador Saddam Hussein.

Más adelante, la crisis económica de Occidente, que requería pasar rápidamente de una economía basada en la especulación, la deslocalización y la guerra a una economía de desarrollo global sostenible. Una situación mundial de una gran complejidad, con puntos muy positivos como la emancipación de América Latina, al constituirse recientemente la CELAC; el progreso que se está realizando en la India, la mayor democracia del mundo, junto a las interrogantes propias del Estado comunista chino convertido en un gigante capitalista, a escala global; así como conflictos de narcoterrorismo que deben enfrentarse rápidamente, convirtiendo un problema de seguridad en un problema sanitario, de tal forma que el consumo de drogas, igual que sucede con el alcohol y el tabaco, sea de la estricta responsabilidad personal para permitir, de una vez por todas, que termine el calvario que representa, para muchas familias, la adicción a las drogas, cuyo precio no tiene el menor efecto disuasorio.

“Alerta”, la voz de alerta para propiciar que muchos conflictos, como el de ETA, tomen buena nota de la experiencia alcanzada en el proceso de paz en El Salvador; alerta para prevenir, desde ahora mismo, cualquier acción

armada contra Irán, que promueve Israel con la anuencia de Arabia Saudita; alerta para que no vuelvan a repetirse acciones como la que han llevado en Libia a la muerte, en circunstancias insostenibles, del presidente Muammar Gaddafi; alerta para que el presidente Bashar al-Assad, no siga atentando contra sus propios conciudadanos. Pero todo este “alerta” requiere la refundación de las Naciones Unidas, con una Asamblea General en la cual sean “los pueblos” los que, como antes indicaba, asuman las funciones previstas en la Carta. La Asamblea General debería estar constituida –al igual que sucede en la Organización Internacional del Trabajo, como “reliquia” de la Sociedad de Naciones– por el 50% de Estados y el 50% de instituciones y representantes electos de la sociedad civil. Al Consejo de Seguridad Territorial, podría añadirse un Consejo de Seguridad Socioeconómica y un Consejo de Seguridad Medioambiental.

Sólo de este modo, con una autoridad moral y disponiendo de todos los recursos personales, técnicos y financieros oportunos, las Naciones Unidas hubieran podido ofrecer otro tipo de solución a Libia y ahora podrían hacerlo, sin duda, a Siria e Irán; así como al conflicto israelí-palestino, que debería constituirse en el gran objetivo inmediato de este “nuevo comienzo” que, por fortuna, está hoy a nuestro alcance.

Y es que el ciberespacio, constituye actualmente el lugar donde todos los ciudadanos del mundo pueden expresar libremente sus opiniones y llevar a efecto las movilizaciones pertinentes. Ahora la “alerta” puede ser más efectiva que en el pasado, porque cuenta con la posible reacción de centenares de miles, millones de ciudadanos que ya no están dispuestos a seguir silentes, obedientes, testigos impasibles de lo que sucede.

Muchos imposibles hoy serán posibles mañana, si somos capaces de, como nos aconseja la nueva Presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, “saber sobrepasar los límites de lo posible”.

Federico Mayor Zaragoza  
Ex director de la UNESCO y  
presidente de la Fundación Cultura de Paz.

Enero de 2012